

VARIAN FRY

LA LISTA NEGRA

«ENTREGAR CUANDO SE LE SOLICITE...»

Cuando los artistas, los disidentes y
los judíos huían de los nazis
(Marsella, 1940-1941)

Prólogo a la edición española
Mercedes Monmany

Prólogo a la edición inglesa
Albert O. Hirschman

Prefacio de
Charles Jaquier

Traducción de
José Miguel Parra y Gabriel García Santos



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

Para
ANNA CAPLES Y PAUL HAGEN,
QUE LO COMENZARON;
PARA FRANK KINGDOM,
QUE LE PROPORCIONÓ SU APOYO;
PARA INGRID WARBURG Y HAROLD ORAM,
QUE LO HICIERON POSIBLE;
Y PARA TODOS AQUELLOS QUE, EN SUIZA,
FRANCIA, ESPAÑA, PORTUGAL Y FRANCIA,
SE OLVIDARON DE SÍ MISMOS Y,
EN OCASIONES A RIESGO DE SUS VIDAS,
LO LLEVARON A CABO.

ÍNDICE

Prólogo a la edición española Mercedes Monmany	15
Prólogo a la edición inglesa Albert O. Hirschman	39
Prefacio Charles Jaquier	43

LA LISTA NEGRA «Entregar cuando se le solicite...» Varian Fry

I. Conspiradores en el hotel Splendide	81
II. Encuentros cómplices	99
III. La documentación falsa es todo un arte	119
IV. Cómo se convierte uno en agente británico	135
V. Las puertas se cierran	159
VI. El barco que no partió	175
VII. La villa Air-Bel	195
VIII. Viaje en la noche	205

IX. El mariscal llega a la ciudad	213
X. Secuestro en Cannes	233
XI. Enviados a la muerte	247
XII. Primavera en la Provenza	261
XIII. La ruta de escape española	269
XIV. «Porque protege a los judíos y a los antinazis»	289
XV. <i>Goodbye, la France</i>	307
XVI. Al precio de mucho sufrimiento	319

VARIAN FRY, PERIODISTA POLÍTICO

ANEXOS

I. La limitada política del gobierno priva a los Estados Unidos de los refugiados antifascistas y sus conocimientos	327
II. Masacre de los judíos	337
III. Giraud y los judíos	349



Siempre he pensado que lo que hicimos por los refugiados en Francia se parece a la obligación de los soldados de traer de regreso a los heridos desde el campo de batalla, incluso a riesgo de sus propias vidas. Algunos quedarán incapacitados de por vida. Algunos se recuperarán y serán mejores soldados por haber tenido la experiencia de la batalla; pero uno ha de traerlos a todos de vuelta. Al menos ha de intentarlo.

Varian Fry

PRÓLOGO

«¿POR QUÉ ESTA SAÑA CONTRA MÍ?»

VARIAN FRY: UN ENVIADO DEL MUNDO LIBRE

«**D**ígame, francamente, ¿por qué esta saña contra mí?», le preguntará en algún momento a un funcionario francés del gobierno de Vichy el joven y valiente héroe norteamericano Varian Fry, responsable de una mítica red de salvamento en Marsella durante la segunda guerra mundial. El oficial fascista de nombre aristocrático, Maurice Rodellec de Porzic, lo mirará desdeñoso y le responderá secamente: «Porque usted protege a los judíos y a los antinazis».

Poco antes, este arrogante representante de «la nueva Francia» encargado de la prefectura de Marsella en el año 1941 —un rasgo, la arrogancia, que era común a todos estos entusiastas colaboracionistas del terror nazi que se había extendido por toda Europa—, este vanidoso servidor público que estaba invitando a Fry a dejar definitivamente el territorio francés, le había dicho con cinismo: «Sé que en los Estados Unidos apoyan aún la vieja idea de los derechos humanos. Pero acabarán por compartir nuestros puntos de vista, es solo cuestión de tiempo».

Dos mundos: el mundo libre y el mundo sojuzgado, aliado al totalitarismo, que en aquellos momentos, el momento en el que Fry y

el oficial francés estaban hablando en el despacho de este último, se habían comenzado a agrupar y enfrentar en dos alianzas militares, los aliados y las potencias del Eje. Unos bandos, dentro de una nueva guerra mundial europea, de consecuencias aún terribles y desconocidas, por espantosos que fueran ya los presagios vividos día a día con la ocupación nazi de Francia, que en aquellos momentos aún no se habían acabado de definir. Varian Fry saldría definitivamente de Francia el 14 de septiembre de 1941 y los Estados Unidos tardarían aún unos meses, hasta el 11 de diciembre, tras el ataque sorpresivo a Pearl Harbor, en entrar en la guerra. Por su parte, Hitler, un aliado poco fiable, acababa de hacer saltar por los aires, en junio de 1941, el vergonzoso acuerdo de no agresión entre Rusia y Alemania, el Pacto Ribbentrop-Mólotov, al invadir Rusia y forzar a esta gran potencia a entrar en la guerra.

Igual que sucedería con otros héroes anónimos de aquellos días, la Historia sería no pocas veces avara con el inmenso sacrificio y esfuerzo llevado a cabo. Héroes anónimos al menos en los mismos momentos que realizaban sus hazañas, mientras el hundimiento de toda Europa era una probabilidad cada vez más real y mientras ellos mismos ignoraban todo acerca de lo que les deparaba el futuro. Décadas después, en ocasiones ya en la vejez, como sucedería con el polaco Jan Karski, pero también con el checo-alemán Oskar Schindler y su célebre lista de los mil cien judíos salvados en Cracovia, todos ellos serían por fin recordados, honrados y glorificados como héroes. El caso de Karski era aún más doloroso si cabe: joven combatiente de veintiocho años, enlace durante la segunda guerra mundial entre el gobierno polaco en el exilio y la Resistencia interior, en 1942 tuvo el triste privilegio, al entrar clandestinamente en un campo de exterminio, de ser el primer «testigo ocular» de la matanza perpetrada contra los judíos en Polonia. Partiendo con este «aterrador secreto» hacia Londres y Nueva York, allí comprobaría que había aún pocos dispuestos a creerlo y su relato fue tratado simplemente «como una exageración». En 1981, en una conferencia en los Estados Unidos, Karski, autor de un impresionante

libro —*Historia de un Estado clandestino*, de 1944, donde relataba todo lo vivido— y que durante años se mantuvo en silencio, se refirió a aquella indiferencia con que fue recibida en su día la noticia que portaba desde las mismas puertas del infierno. Una noticia que nadie quiso creer, como él mismo dijo, «por negligencia, por insensibilidad, por egoísmo, por hipocresía o incluso por frío cálculo».

Un mundo egoísta, preocupado tan solo en salvar su propia piel en aquellos días, que aún no estaba preparado para recibir según qué verdades. Lo mismo sucedería no pocas veces con las llamadas de socorro angustiosas emitidas por Varian Fry desde Marsella, y también tras su llegada forzosa a los Estados Unidos en octubre de 1941, al ser expulsado de Francia. Varian Fry sabía más que nadie que el tiempo, y todos los recursos empleados, eran oro a la hora de salvar a cientos, a miles de refugiados que diariamente huían del terror nazi. Una vez de vuelta a su país, emprendería una quijotesca gira de conferencias, sin demasiado éxito, donde denunciaba la política de inmigración, a la vez que intentaba sensibilizar a la opinión pública norteamericana no solo en favor de los refugiados que intentaban desesperadamente evadirse, sino también, y sobre todo, alertando sobre la masacre sin piedad de los judíos europeos. Una masacre —aún no denominada Holocausto— que ya se había comenzado a producir frente a la casi total indiferencia de todos. Un tema que no era de la prioridad de Roosevelt y su Departamento de Estado en aquellos momentos, tal y como manifestaron en más de una ocasión.

PERSONAJE LEGENDARIO

Personaje legendario, Fry sería mencionado sin cesar en los libros que dejarían los grandes escritores que lo conocieron, y que se salvaron gracias a su ayuda, como es el caso de Arthur Koestler, el célebre autor de *El cero y el infinito* (*Darkness at noon*, 1940), la primera denuncia publicada contra los procesos y los crímenes estalinistas de finales de la década de 1930 en Moscú. Koestler pasaría por Marsella en 1940 y desde allí tomaría un barco hacia el norte de África, donde se enroló

en la Légion Étrangère, para luego desertar y escapar a Londres. Una etapa de su vida —su huida a través de Francia— que dejaría reflejada en su libro autobiográfico *Scum of the Earth* (La espuma de la tierra, 1941) donde quedaría retratado en numerosas ocasiones Varian Fry. «Frente a la amenaza que aumentaba sin cesar —diría Koestler— Varian Fry desplegaría una actividad intensa. Gracias a su audacia y a su ingenio, numerosos emigrados lograron, en el curso del otoño de 1940 y a comienzos del invierno de 1941, pasar a través de la tupida red tendida por la política de colaboración». Otro de aquellos famosos rescatados por la organización de Fry aquellos días sería el escritor polaco-francés Jean Malaquais (Vladimir Jan Pavel Malacki, Varsovia, 1908-Ginebra, 1998), que escribiría una célebre novela, *Planète sans visa*, con numerosos nombres en clave, en algunos casos muy reconocibles, como era el caso del norteamericano Aldous John Smith (alias Varian Fry), en torno a los refugiados de todos los países concentrados en aquellos días en Marsella en la busca angustiada de un visado.

Aunque, primero de todo, hay que recordar sucintamente la trayectoria e inapreciable papel, no siempre reconocido por la leyenda «resistencia» de la posguerra, desempeñado por Varian Fry. Una memoria oficial que prefería ensalzar a los héroes nacionales y no a un norteamericano que a fin de cuentas estuvo de paso y aparentemente no se jugó tanto la piel en las cárceles de la Gestapo o en los lúgubres sótanos de la Milicia francesa como hicieron ellos. Reconocido muy tardíamente en Francia —la Légion d'Honneur se le concedió en 1967—, se calcula que Varian Fry, a través de su red de ayuda, salvó entre dos mil y cuatro mil judíos y militantes antinazis que huían de Europa y del régimen colaboracionista de Vichy. Aunque hoy nos parezca imposible, la traducción al francés de aquel increíble testimonio y hazaña, *La lista negra*, aparecería cincuenta y cuatro años después de haberse publicado en inglés. Unas memorias de aquella inaudita gesta llevadas a cabo en las mismas puertas del infierno, que en su título original aparecieron en 1945 como *Surrender on demand*, y que ahora

el lector español tiene felizmente en sus manos, como documento inapreciable, con el título de *La lista negra (Entregar cuando se solicite)*.

Nacido en 1907 en Nueva York, y fallecido en esa misma ciudad en 1967, Varian Fry era hijo de un ejecutivo de Wall Street y creció en un ambiente familiar de educación cuáquera. Tras haber estudiado en Harvard y fundar una revista literaria (*Hound & Horn*) comenzó a trabajar para el periódico *The Living Age*. Como corresponsal de esa publicación fue enviado a Berlín en 1935, cuando tenía veintiocho años. Allí pudo asistir en directo a las tropelías cotidianas que se cometían contra los judíos. En concreto, un día presencié cómo dos nazis le clavaban un cuchillo en la mano a un judío, porque sí, mientras estaba sentado en un café. Todo ello, como diría más tarde el propio Fry, hizo de él un «ardiente antinazi». En 1942 lo expresaría así en un artículo —integrado en esta excelente edición española de sus memorias— aparecido en *The New Leader*, en EE. UU.: «No se trata de una simple guerra nacionalista como las demás. Se trata de una revolución mundial [...]. Entre los refugiados se encuentran algunos de nuestros mejores aliados. Son los hombres y mujeres que vieron, mucho antes que nosotros, la amenaza que pesa sobre nuestro mundo. Poseen un conocimiento infinitamente mayor del que podríamos tener nosotros de las fortalezas y debilidades de esta tiranía. Fueron los primeros en declararle la guerra».

Impresionado fuertemente por su experiencia vivida en Berlín, a su regreso a los Estados Unidos Fry escribió acerca del trato salvaje sufrido por los judíos bajo el régimen de Hitler. A la vez, se dedicó sin descanso a reunir fondos para sostener a los movimientos antinazis. Tras el armisticio del 22 de junio de 1940 y la ocupación de la mitad de Francia por parte de los alemanes, Fry se instalaría en el sur, en la llamada «zona libre», en Marsella. Oficialmente lo hacía como periodista, pero de hecho actuaba como enviado directo del recién creado Emergency Rescue Committee (ERC) que en esa misma ciudad comenzaría a funcionar con el nombre de Centro Norteamericano de Socorro (CAS) el 14 de agosto de 1940.

Fry llegó a Marsella con tres mil dólares, una pequeña maleta y una lista de unos doscientos escritores, artistas de vanguardia, músicos, periodistas, profesores de universidad y tantos otros intelectuales que se hallaban en peligro, bajo la amenaza inminente de ser arrestados por la policía colaboracionista francesa y acto seguido entregados a la Gestapo. La mayoría de ellos eran judíos. Inmediatamente se encontró, cara a cara, con un gigantesco drama humano y lo que tenía que haber sido una simple misión de «reconocimiento» de la situación se transformó en una aventura insospechada y sobrecogedora que no lo dejaba dormir y duró trece intensos meses.

RESCATAR, POR ENCIMA DE TODO

La divisa de Varian Fry sería siempre «el rescate por todos los medios». Con la cobertura legal del CAS, Fry organizó todas sus operaciones clandestinas primero desde su habitación del hotel Splendide —ayudado por un grupo de fieles que iría creciendo con el tiempo— y luego en dos oficinas, una en la calle Grignan y luego otra en el bulevar Garibaldi. Más tarde alquilaría una mítica sede, la villa Air-Bel. Además de Varian Fry y sus más cercanos colaboradores —la estudiante de arte y arquitectura de la Sorbona Miriam Davenport; la rica heredera de vida novelesca Mary Jane Gold; el socialista y resistente Danny Bénédite y su esposa británica Theo; el actor, activista y soldado de la Royal Air Force Charles Fawcett; el periodista y musicólogo Charles Wolff, que acabaría torturado y asesinado por la Milicia fascista en Toulouse; el más tarde integrante del movimiento de la Resistencia Combat Jean Gemähling; o el futuro e influyente economista americano, Albert Hirschman, de origen alemán, que firma el prólogo de este libro— por esta villa recalarían igualmente André Breton, Max Ernst, Victor Serge, Marc Chagall, Consuelo de Saint-Exupéry, Remedios Varo, Benjamin Péret y decenas de personajes de la élite cultural de entonces, a los que el Tercer Reich había declarado enemigos. Para la mayoría de ellos, cualquier paso en falso podía significar la detención, la deportación y quién sabe si la muerte. Aquella mansión compartida

significaba la única salvación temporal para atenuar el miedo y la incertidumbre que definían a cada paso la vida cotidiana en ciudades como Marsella, plagadas de espías, traficantes de toda especie y colaboracionistas. En el mundo aparte creado en villa Air-Bel, un castillo fuera de Marsella, aquel grupo de gente heterogénea y antinazi forjaría una burbuja aparentemente a salvo. La villa se acabó convirtiendo en un vibrante y fructífero salón artístico, hogar de animados debates y de asuntos clandestinos, a lo que se añadían otros entretenimientos como las subastas de arte celebradas los domingos y los juegos, con dibujos surrealistas y concursos de toda clase, organizados por Breton.

Desde todos aquellos puntos, vigilados sin cesar y hostigados frecuentemente por los agentes de la prefectura francesa, sufriendo a menudo registros —la mayor parte de las veces a causa de algún chivatazo—, Fry se hallaba día y noche envuelto en las más arriesgadas e ilegales operaciones, tales como falsificación de pasaportes —para lo que contó con la ayuda inestimable de un joven caricaturista judío escapado de Austria tras el Anschluss de 1938, Bill Freier, llamado artísticamente Bill Spira, al que conoció haciendo retratos en el Vieux Port y que sobrevivió a la guerra, falleciendo en París en el 2000—, compra de moneda en el mercado negro y complicadas operaciones de huida por las montañas o por el mar, con la colaboración de «pasadores» de fronteras, como era el caso de la célebre Lisa Fittko. O con el apoyo también de cómplices y amigos antifascistas, que igualmente se hallaban en Marsella y que intervenían concretamente en algunas de estas acciones, como era el caso del conocido político y militar italiano —muy citado en el libro de Fry— Emilio Lussu (Cerdeña, 1890-Roma, 1975), uno de los fundadores del movimiento Justicia y Libertad y autor de un gran clásico de la literatura italiana que se estudia en las escuelas, en torno a la primera guerra mundial (*Un año en el Altiplano*, 1938; Libros del Asteroide, 2010).

El mismo Fry comprobó desde el principio, nada más llegar, que la suya era mucho más que una simple acción humanitaria. Como diría unos años más tarde en un duro artículo que escribió a su regreso a

los Estados Unidos, se trataba de atribuir doscientas «becas» a algunos de los mejores científicos y sabios de Europa para ayudarlos a huir del continente e instalarse, y llevar a cabo un trabajo provechoso al otro lado del Atlántico. Su misión era ayudar a intelectuales, artistas, escritores y luchadores por la libertad en general —no comunistas, algo que aterraba a los funcionarios estadounidenses— a huir de Europa. Atravesando la frontera franco-española entre Cérbère y Portbou, no exenta de peligros, a manos de la policía franquista, esa era la primera etapa de la ruta de escape habitual que continuaba hasta Portugal, entonces neutral. Aunque también podía ser a través de Casablanca y el norte de África, en el caso de lograr subirse a un barco en el puerto de Marsella. Un arduo trabajo para todos aquellos fugitivos, plagado siempre —como Varian Fry y su red pudieron comprobar— de numerosas estafas y robos, habituales en aquel submundo del hampa marsellés con el que se veían obligados a tratar, muy a su pesar, y que frustraron los viajes en más de una ocasión.

MARSELLA, 1940: CAOS Y PÁNICO GENERALIZADO

Hay que pensar por un momento en el terrible caos y la situación de pánico generalizado que reinaba en aquellos días en Marsella. Tras la derrota de Francia frente a la Alemania nazi en junio de 1940, al finalizar una «drôle de guerre» de tan solo siete meses, se había firmado un acuerdo en el cual se precisaba que el gobierno francés estaba obligado, bajo petición expresa, a entregar a todos los ciudadanos designados por el Reich. Francia había quedado dividida en dos partes, la Francia ocupada y la llamada «Francia libre» del gobierno de Vichy, con una línea de demarcación por medio, entre norte y sur. En pocos días la histeria y el terror habían hecho mella en la gente. Gente que, en medio de una gran confusión, se lanzaba a las carreteras en desorden, formando filas dramáticas e interminables, huyendo aterrados de los nazis y su conocida brutalidad, como se narraba en la magnífica novela póstuma, *Suite francesa*, dejada escrita por la célebre novelista judía francesa Irène Némirovsky, una de las autoras más

famosas y leídas de aquellos días que sería vergonzosamente entregada por sus propios compatriotas a los nazis, para ser deportada y morir en Auschwitz en 1942.

Hay que imaginarse también la sensación de desamparo e indefensión en la que se habían quedado todos aquellos judíos, ciudadanos normales, ni siquiera militantes de ningún partido u organización, que iban conociendo a diario las noticias de las deportaciones, encarcelamientos y no escasos asesinatos, los cuales estaban a la orden del día. La línea Maginot había caído a las primeras de cambio, Inglaterra estaba amenazada de invasión, un vergonzoso pacto soviético-alemán había sido firmado, los Estados Unidos se mantenían aún a la expectativa como país neutral y en general reinaba en todos los espíritus la impresión de que Europa entera había sucumbido por entero al terror totalitario.

Una sensación de desastre, de hallarse encerrados en una ratonera, sin salida posible, que planeaba por todos aquellos perseguidos, errantes por despachos y oficinas, haciendo colas interminables y suplicando, comprando e intentando sobornar a funcionarios, en la búsqueda desesperada de un visado. Un caos y desconcierto que enseguida conocerá Fry, en los primeros días, y en ocasiones de la mano de los que luego serán algunos de sus más célebres rescatados. Personas angustiadas que acuden a visitarlo y a informarse en el hotel Splendide. Allí, en su habitación, nada más llegar, Fry instala su provisional «cuartel general». Y allí irá a visitarlo una pareja famosa en toda Europa. Se trata nada más y nada menos que del matrimonio formado por el gran novelista y dramaturgo checo germanoparlante, Franz Werfel, y su mujer Alma Mahler, viuda del compositor Gustav Mahler y divorciada del arquitecto, fundador de la Bauhaus, Walter Gropius. Alojados ambos en un hotel de la Canabière, la gran avenida de Marsella que une la Église des Réformes con el Vieux Port, agotados, inquietos, desconcertados, acababan de abandonar Sanary-sur-Mer, en la Costa Azul francesa, un enclave y refugio mítico muy utilizado por todos estos grandes intelectuales y artistas que huían de Hitler, para seguidamente ir a Lourdes en busca de la protección del episcopado. Werfel, judío pero

que siempre mostró un gran interés y acercamiento a la fe y la religión católica, aunque nunca se llegará a convertir, empezaría a escribir allí su obra *La canción de Bernadette*, sobre santa Bernadette Souvirous, la niña a la que se le apareció la Virgen. Una obra que, adaptada para el cine unos años después, en 1943, tendría a Jennifer Jones de protagonista. Aunque la fama internacional de Werfel se había producido sobre todo en 1933 cuando publicó *Los cuarenta días de Musa Dagh*, una novela escalofriante que llamó la atención mundial sobre el genocidio armenio. En realidad, se trataba del primer documento público que aparecería sobre aquella terrible masacre —siniestro ensayo en Europa de lo que más tarde sería luego el Holocausto judío— que dejó tras de sí un millón y medio de muertos.

Los Werfel le relatan angustiados a Fry en aquel primer encuentro que han oído hablar de refugiados que van hasta la frontera franco-española, cruzándola sin problemas, pero no saben cómo están realmente las cosas en España. Se imaginan que «la mayoría son detenidos y entregados a la Gestapo» por los funcionarios franquistas españoles. Por otro lado, se corre el riesgo de ser detenido si se viaja por Francia sin salvoconducto. Aunque, quedándose en Marsella, persiste el peligro de ser detenidos por la policía francesa y deportados a Alemania. Están hechos un lío.

«¿QUÉ DEBEMOS HACER?»

Este era, en resumen, el atormentado estado psicológico y mental, lleno de dudas y temores, que embargaba a todos aquellos refugiados. Refugiados que iban de un lado a otro en busca de consejo, de socorro, de una mano amiga que los ayudara a salir del atolladero. «¿Qué debemos hacer?», le preguntan los Werfel insistentemente a Fry. Alguien, un joven generoso, sensible, compasivo, que escucha a quien se le acerca y se convierte en todo a la vez: en psicólogo y asesor, en facilitador de visados para Norteamérica, de visados para México, Cuba o Brasil cuando fallan los norteamericanos, de pasaportes checos, lituanos o panameños —dependiendo del consul, más o menos dispuesto, que

se halle en esos momentos en Marsella— y en proveedor permanente de fondos de manutención para resistir en el día a día, aunque sea mínimamente. Fondos que, por otro lado, sin cesar se agotan. Pero, sobre todo, y esa es la misión que le ocupa a tiempo completo a Varian Fry, se convierte desde el principio en organizador clandestino, por vías no siempre legales y con «conspiradores adjuntos» —algunos de alto riesgo, por la posibilidad de que sean informadores pagados de la policía, estafadores o traficantes de seres humanos sin escrúpulos— con los que monta las más estrambóticas y laberínticas escapadas por mar o a través de una frontera española de peligro variable, no fijo, según el funcionario de turno, según las últimas órdenes dictadas por el gobierno de Vichy o según la Gestapo ejerza más o menos presión en ese momento.

Internados en centros de detención, en campos para «indeseables» —el término empleado por la policía y funcionarios colaboracionistas para referirse a ellos—, la situación de todos aquellos prófugos, en especial de los alemanes y austríacos, que habían huido bien en el primer momento, con la llegada de Hitler al poder en 1933, bien con motivo de la anexión de Austria, en el *Anschluss* de 1938, era alarmante. Tras la declaración de guerra de Francia inmediatamente después de la invasión de Polonia por la Alemania nazi, el 1 de septiembre de 1939, el continente europeo se había convertido para ellos en una auténtica trampa, en algo irrespirable. Pero, sobre todo, los había convertido en lo peor que se podía ser en aquellos momentos de un nacionalismo feroz y excluyente, imperante en todos los países: en unos apátridas, término demoníaco equivalente a malhechor o criminal en aquellos días. La caza a los extranjeros, con el telón de fondo de la guerra como coartada, había comenzado a desatarse, cada vez más, de forma despiadada. En la lógica xenófoba y antisemita que imperaba desde hacía tiempo en Francia —«¡Dios mío! ¿Qué me hace este país? Ya que me rechaza [...] observémoslo mientras pierde el honor y la vida», dejaría escrito la novelista judía Irène Némirovsky antes de morir en Auschwitz—, en aquella lógica patrioter, miserable y chauvinista

desatada a izquierda y derecha, en todos los campos políticos, aquellos refugiados llegados de un país que les había declarado la guerra, aun siendo ellos mismos unos disidentes escapados de la barbarie, eran tratados, sin distinción de ninguna especie, como «enemigos». Una lógica perversa y atroz para la cual un *boche* (alemán, en el lenguaje popular francés) seguía siendo un *boche* por encima de cualquier otra consideración. Y si la mayor parte de los prófugos eran austriacos y alemanes que huían de Hitler, muchos de ellos además eran también comunistas y, por tanto, debían ser tratados como individuos «fuera de la ley» según los pactos firmados con Alemania.

Boches odiados y escupidos, como se recordaría en un gran clásico sobre la emigración alemana a Francia de aquellos años: la novela *El volcán* de Klaus Mann. En ella, cuando un grupo de amigos exiliados de la Alemania nacionalsocialista están sentados en una terraza del boulevard de Saint-Germain en París, una mujer americana, al pasar por delante y oír que hablan en alemán, les escupe, diciéndoles con odio: «*En bas les boches!*» (¡Abajo los boches!). Publicada en 1939, *El volcán*, crónica de la emigración antifascista, retrataba la vida de un círculo de exiliados alemanes, holandeses, checos y de otros países en París. De todos los orígenes y religiones, toxicómanos, homosexuales, anarquistas, pacifistas, comunistas, liberales o brigadistas internacionales, con esa amalgama de gente que se oponía frontalmente a «la barbarie», el joven y rebelde hijo de Thomas Mann abogaba por su visión de un mundo nuevo. Un mundo por comenzar, según su idea utópica de un humanismo socialista en el que cada cual encontraría su lugar.

En lo que respecta a los numerosos judíos que huían de la violencia desatada contra ellos, no tardarían demasiado tiempo en darse cuenta de que lo que ellos consideraban «una segunda patria», la patria de la Ilustración y la civilización, se disponía a abandonarlos a sus verdugos, «a los que me rechazan, a los que están dispuestos a darnos la patada», como igualmente diría Irène Némirovsky. Por encima de todo, planeaba un crimen inaceptable, en lo que respecta a los venidos de fuera: no eran franceses. Un desatino inconcebible que haría exclamar

en cierta ocasión a la mujer de Lion Feuchtwanger (como cuenta Koestler en sus memorias): «Mi marido ha sido internado como alemán en un campo por las autoridades francesas. ¿Puede usted concebirlo? ¡Él, que junto a Albert Einstein fue el primero en abandonar su nacionalidad alemana!». El también exiliado escritor judío alemán Hermann Kesten lo expresaría así: «Es así como Francia comienza su guerra contra Hitler: con una guerra contra los enemigos de Hitler que se han refugiado allí».

LA TRAICIÓN DE LA FRANCIA COLABORACIONISTA

Rechazando luchar, aspirando a una paz servil, pensando que así se salvaba, comenzando ya plenamente con la colaboración en marcha, todos estos emigrantes sentían que la Francia de Vichy y Pétain los había traicionado, engañado y entregado, lavándose las manos como Pilatos. Ninguno de estos ardientes colaboracionistas, por otro lado, querían ser acusados de nada y la conciencia y el honor hacía tiempo que los había abandonado. Así se lo espetará, furioso, el dueño de un hotel donde acababan de arrestar a un importante industrial alemán opositor a Hitler, Fritz Thyssen, cuando Fry le pida explicaciones de adónde se lo han llevado. Cuando Fry le recuerde que «hay un honor mayor que la palabra dada a la policía, el honor de Francia», este despreciable colaboracionista le contestará, vociferando: «¡Tiene el santo morro de venir a mi casa a decirme lo que tengo o no tengo que hacer! ¡Váyase por donde ha venido y deje a los franceses tranquilos! Si queremos colaborar con los alemanes, colaboraremos, y lo que ustedes digan, yanquis de mierda, no va a cambiar nada».

Última de las encrucijadas o trampas mortales, Francia, como diría el gran escritor Arthur Koestler, que luchó denodadamente contra los totalitarismos del siglo xx, se apresuraba a lanzarlos a los mismísimos leones: «Me han perseguido por toda Europa [...]. Me han perseguido a lo largo de todo el camino, de Berlín a París, vía Viena y Praga, hasta la costa atlántica, y en el último rincón de Francia me han atrapado por fin», manifestaría con desazón al ser internado en el campo de Vernet, en la región de Ariège.

Por fin, en octubre de 1940, aquella legendaria y célebre pareja de intelectuales europeos que había contactado con Fry nada más llegar este a Marsella, los Werfel, cruzaría la frontera a pie por los Pirineos. El grupo que se había reunido para aquella ocasión —en un operativo organizado por la red de Fry— era más que notable y sumamente simbólico: además de Alma Mahler y Franz Werfel, los acompañaban en su huida el matrimonio compuesto por Heinrich Mann —el izquierdista hermano de Thomas Mann, autor de una célebre novela, *El profesor Unrat o el fin de un tirano*, llevada al cine como *El ángel azul*, con Marlene Dietrich como protagonista—, su esposa Nelly y su sobrino Golo Mann, futuro gran historiador.

La huida había sido posible gracias a una no menos mítica mujer judía, colaboradora habitual de Fry : Lisa Fittko (Ucrania, 1909-Chicago, 2005). Detenida en una de las habituales redadas o *rafles* (la más famosa de ellas sería la llamada *rafle du vel d'hiv*, redada del velódromo de invierno, organizada del 16 al 17 de julio de 1942, en la que el gobierno y la policía de Vichy enviaría a los campos de exterminio a trece mil judíos franceses, incluidos entre ellos cuatro mil niños) y enviada al campo de Gurs para «mujeres indeseables», donde se encontraría con su amiga Hannah Arendt, Lisa se instaló junto a su marido, el periodista de izquierdas alemán Hans Fittko en Banyuls-sur-Mer, un pueblecito de mar junto a la frontera franco-española. Allí, por petición expresa de Fry, crearía la ruta F (de Fittko) a través de las montañas para atravesar clandestinamente la frontera. Una ruta que funcionó hasta 1941. Su primer y célebre beneficiario —desgraciadamente sin éxito— fue el filósofo alemán Walter Benjamin, autor de *El origen del drama alemán* (1928) y del monumental y fragmentario *Libro de los pasajes*, que dejaría inacabado. Deprimido, cansado de huir e invadido por el pánico a ser entregado a la Gestapo, Benjamin se suicidaría en la habitación de un hotel de Portbou, en la misma frontera, el 27 de septiembre de 1940. Benjamin dejaría escrita una nota en la habitación de su hotel: «En una situación sin salida, no tengo otra elección que la de terminar. En un pequeño pueblo situado en los Pirineos, en el

que nadie me conoce, mi vida se va a acabar». Dos semanas más tarde, esta vez con éxito, cruzarían la frontera hacia los Estados Unidos los Werfel y los Mann. Por su parte, Lisa Fittko, calificada durante mucho tiempo como «heroína invisible de la Resistencia», lo mismo que podría aplicarse a Varian Fry, dejaría escritas unas apasionantes memorias de aquella etapa trascendental de su vida como «pasadora de frontera» (*Mi travesía de los Pirineos*, 1987).

LA EPOPEYA DE UN HOMBRE TRANQUILO

Tenaz, seguro de la misión que tiene que llevar a cabo a diario sin perder un minuto, a pesar del tono tranquilo (la biografía dedicada a él por el británico Andy Marino llevaría el título de *A quiet American: The secret war of Varian Fry* [*Un americano tranquilo: la guerra secreta de Varian Fry*]) empleado a la hora de redactar estos recuerdos sobre aquel histórico período y aquellas peligrosas acciones llevadas a cabo en Marsella, un tono que en todo momento evita el dramatismo o una excesiva carga sentimental ante acciones frustradas, desapariciones de compañeros o noticias de encarcelamientos, torturas y muertes de algunos de sus protegidos, a pesar de la urgencia que adopta una narración que documenta exhaustivamente todo aquello que tiene que ser dado a conocer en todos sus detalles, existen ciertos momentos en que el lector percibe una íntima y muy privada pesadumbre, cuando en repetidas ocasiones a Varian Fry no le ha sido posible ayudar a todos los que se lo solicitaban, tal y como él habría querido.

Su pesar por los no salvados, en su fuero interior, equivale a la pérdida casi de un familiar al que no ha podido librar de una desgracia funesta e intolerable. «¿Cómo decidir a quién ayudar si no es apoyándonos en las listas?», se pregunta, mortificado, desde su llegada a Marsella. «Ni siquiera podemos ayudar a todos los refugiados políticos y escritores que tienen, o lo pretenden, verdadera necesidad. No tenemos medio alguno de saber quién está realmente en peligro y quién no». Para librarse de correr riesgos con la policía, solo reconoce actuar bajo una regla fija: «Negamos la ayuda a todo aquel que no sea conocido de

alguien en quien tenemos confianza ». En sus manos está, nada más y nada menos, que la responsabilidad de la vida o la muerte de muchos de estos perseguidos. O, si no es la muerte, es un atroz presidio salpicado de torturas por parte de la Gestapo el que espera a muchas de estas víctimas potenciales, bien a causa de la raza, por ser judíos, bien por estar fichados como opositores a Hitler. «Corremos el riesgo de negar la ayuda a alguien que corre un peligro real y averiguar después que ha sido deportado a Dachau o Buchenwald». Eso sucederá, como lamenta al final de sus memorias, con dos importantes políticos de la Alemania de Weimar, pertenecientes ambos al SPD, el Partido Socialdemócrata Alemán, Rudolf Breitscheid y Rudolf Hilferding. Ambos eran de los más amenazados por los nazis, y Fry los protegió denodadamente desde su llegada. Capturados en Arles a comienzos de 1941, Breitscheid será enviado a Buchenwald, donde supuestamente morirá tras un bombardeo aliado en 1944, algo que Fry siempre puso en duda. Por su parte, el importante economista marxista Hilferding, internado en la prisión de la Santé, según se dijo se habría suicidado en su celda nada más llegar, aunque las circunstancias nunca serían aclaradas y lo más probable es que, al igual que en el caso de su compañero, con el que compartió los días del exilio, muriera a manos de la Gestapo.

Apremiados por el tiempo, los de Fry trabajan como en una cadena: si un refugiado aparece en una de las listas que le han sido facilitadas, se las enseña a este y así va identificando los nombres y la suerte que han corrido muchos de ellos. Van apareciendo no pocos suicidados, como es el caso de Walter Benjamin, personas desesperadas, al límite de sus fuerzas, que no han tenido ocasión ni de ser salvados. Ese es el caso —citado por Fry— del importante escritor y médico checo germanoparlante, amigo de Kafka, Ernst Weiss. Weiss, que se suicidaría a la entrada de los alemanes en París, era el autor, entre otras, de una célebre obra maestra póstuma antihitleriana, la novela *El testigo ocular*.

Es curioso comprobar que un error se desliza en el recuento que hace Fry de víctimas del nazismo que murieron por su propia voluntad. Tiene que ver con una importante escritora, Irmgard Keun, periodista

y novelista alemana, cuyos libros, como los de otros muchos, fueron confiscados y prohibidos por los nazis. Exiliada desde 1936, amiga de Stefan Zweig, Ernst Toller, Hermann Kesten, Egon Erwin Kisch y en general de todo el brillante círculo de escritores perseguidos de aquellos años, Keun es también famosa por haber sido la compañera durante dos años del inquieto y atormentado Joseph Roth, que moriría en 1939 a causa de un coma etílico en París. Algo que su amigo Stefan Zweig, que se suicidaría unos años más tarde en Brasil, en 1942, entendió siempre como una muerte provocada a causa de su profunda desesperación. Joseph Roth dejaría escritas en su intensa correspondencia de los años treinta con Zweig algunas de las frases más desgarradoras provenientes de alguien que, de forma visionaria, desde el comienzo de todo había visto ya el peligro letal encarnado por aquellas bestias brutales nacionalsocialistas que harían cualquier cosa para llegar al poder y, seguidamente, acabar con cualquier tipo de derechos, aplicando una especial saña y un odio obsesivo hacia los judíos. En una carta premonitoria, de 1933, Roth le diría a Stefan Zweig: «No doy un céntimo por nuestras vidas. Los bárbaros han conseguido gobernar. No se haga ilusiones. Gobierna el infierno».

El error de Varian Fry fue dar por muerta a Irmgard Keun, diciendo que «se suicidó cuando los alemanes entraron en la capital» (se supone que París). Autora de algunas novelas excelentes como *La chica de seda artificial*, de 1932, ambientada en la Alemania de Weimar (Minúscula, 2004); de *Después de la medianoche* (Minúscula, 2001), publicada en Ámsterdam en 1937 y que recrea la vida de una nutrida galería de personajes durante el Tercer Reich, citada por Arthur Koestler en su volumen autobiográfico *La espuma de la tierra* como una de «las raras novelas alemanas de antes de la guerra que describían el clima político de la Alemania nazi»; o de *Niña de todos los países* (Minúscula, 2010), novela aparecida también en Ámsterdam, en 1938, y que narra la historia de una niña, Kully, que recorre los hoteles de toda Europa tras el rastro de su padre, un escritor que se ha visto obligado a abandonar la Alemania nazi, esta magnífica escritora que fue Keun, alabada

por autores de la talla de Alfred Döblin y Kurt Tucholsky desde sus comienzos, permanecería olvidada durante años tras acabar la guerra. Sería recuperada y reeditada a partir de los años setenta, muriendo de cáncer en Colonia en 1982. El error de Fry probablemente proviene del hecho de que después de la invasión de los Países Bajos —donde se hallaba Keun en aquellos momentos— regresó de forma clandestina a Alemania en 1940. Protegida por falsas informaciones que aseguraban que se había suicidado, viviría allí escondida hasta 1945.

TRÁNSITO, DE ANNA SEGHERS, Y SIN VISADO, DE JEAN MALAQUAIS

Otra de las más famosas intelectuales salvadas por la «lista de Fry» sería la gran escritora judía y comunista alemana Anna Seghers (Maguncia, 1900-Berlín, 1983). Tras la llegada al poder de los nacionalsocialistas sería arrestada por la Gestapo y sus libros quemados y prohibidos. Tras escapar a Suiza, se trasladó a París. Allí, colaboró con las principales cabeceras de los exiliados emigrados alemanes en la capital francesa, como el *Neuen Deutschen Blätter* (*Periódico Nueva Alemania*), y fue una de las fundadoras de la *Schutzverbandes Deutscher Schriftsteller* (Asociación de Protección de los Escritores Alemanes en el Extranjero). Con la llegada de la segunda guerra mundial y la toma de París por parte de las tropas alemanas, su marido sería internado en el campo de concentración de Vernet en el sur de Francia, el mismo en el que estuvieron Arthur Koestler, el español Max Aub, Lion Feuchtwanger, el futuro secretario general del Partido Comunista Italiano Luigi Longo y tantos otros. Una vez instalada en Marsella, donde intentó conseguir en todo momento la liberación de su marido, en marzo de 1941 lograría escapar con él y sus hijos a través de la Martinica, Nueva York y Veracruz hasta llegar a Ciudad de México. Esta etapa constituye la base de su novela *Tránsito* (1944), una de las más famosas novelas de la emigración, ambientadas en la Marsella de aquellos años. Al acabar la guerra, e instalarse de nuevo en su país, Seghers sería una figura punta, junto a Bertolt Brecht (Augsburgo, 1898-Berlín Este, 1956), de los intelectuales afines al régimen comunista de la República Democrática

Alemana. Allí, de 1952 a 1978, detentaría el cargo de presidenta de la Unión de Escritores de la RDA.

En su excelente novela *Tránsito* (RBA, 2010) nos encontramos en 1940, en Marsella, de donde parten continuamente barcos que permitirán a algunos el poder huir de una Europa sacudida por el avance aparentemente imparable del nazismo y del fascismo. Todos quieren obtener como sea un visado, un salvoconducto o un permiso de residencia para unos días más, al menos, que les permita seguir haciendo gestiones, papeles y largas, inacabables colas en los consulados. Un salvoconducto, un pasaje con el que huir hacia la libertad: hacia Cuba, hacia Norteamérica o a México, que ha firmado un acuerdo con los republicanos españoles. En esta novela, innumerables emigrados, prófugos y perseguidos a causa de sus ideas políticas cruzan sus vidas y caminos a diario en su frenética carrera de oficina en oficina. Durante un breve período, esas vidas, esos cruces de caminos singulares, están unidas por anhelos, pasiones y también por deseos. Para el narrador de la historia aquellos recuerdos están grabados a fuego: en especial los que tienen que ver con un doloroso amor que lo unió brevemente a una joven mujer que buscaba las huellas de su esposo muerto.

Así reflejaría Anna Seghers en su libro el caótico panorama que se respiraba por doquier tras la *débâcle* francesa de 1940: «Usted sabe cómo era la Francia no ocupada del otoño de 1940. Las estaciones y los asilos y hasta las plazas e iglesias de las ciudades llenas de refugiados del norte, del territorio ocupado y de la “zona prohibida”, y de los departamentos de Alsacia, Lorena y el Mosela [...]. Muchos habían muerto en la carretera o en un vagón de tren. [...] Todos los trenes estaban atiborrados de soldados con uniformes raídos, que insultaban abiertamente a sus superiores y obedecían entre maldiciones sus órdenes de marcha [...]. Todas esas viejas y hermosas ciudades bullían de hombres abandonados [...]. Una horda incansable de funcionarios estaba día y noche en la calle, como los empleados de la perrera, para sacar a personas sospechosas del montón de paso y encerrarlas en cárceles municipales, desde donde las llevaban a un campo de

concentración en cuanto no había dinero para el rescate o para un astuto jurista, que a veces compartía con los perreros su desmedida remuneración por la puesta en libertad. La gente, sobre todo los extranjeros, luchaba por sus pases y sus documentos como por la salvación de su alma. Empezó a asombrarme ver cómo esas autoridades, en medio del desplome total, ideaban procedimientos cada vez más lentos para clasificar, registrar, estampillar a esas personas sobre cuyos sentimientos habían perdido absolutamente todo poder [...]. Escapé a menudo a los perreros gracias a la astucia de mis compañeros. Porque yo no tenía documentos; había huido, mis papeles se habían quedado en el campo, en el barracón del comandante».

Por su parte, la otra gran obra escrita sobre la huida de los antinazis desde Marsella estaría firmada por el escritor polaco-francés Jean Malaquais, antiguo minero y destemplado escritor que seduciría por su espontaneidad y falta de hipocresía ante los grandes tótems del *stablishment* literario a grandes escritores como Gide, su descubridor, y más tarde, en los Estados Unidos, a Norman Mailer, que escribiría el prólogo de su famosa novela sobre los refugiados. Su título era *Planète sans visa* (*Sin visado*, Sajalín editores, 2014) y fue publicada por primera vez en París, en 1947. *Sin visado* narraría de manera coral, a través de diversos y variopintos personajes que pululan y sobreviven como pueden en Marsella en medio de una realidad asfixiante, el día a día en aquel gran puerto del Mediterráneo, en 1942, poco antes de la anexión total del territorio francés. Se trata del momento justo antes de la ocupación de la zona sur, la que aún quedaba libre, por parte de los alemanes. Este hecho se producirá tras el desembarco aliado del 8 de noviembre de 1942 (la llamada Operación Torch) en el norte de África.

La fascinante galería de retratos expuesta por el gran escritor que es Malaquais era sumamente variada: desde el alto responsable de Vichy proveniente de la aristocracia hasta el joven militante trotskista, pasando por el legionario antiguo combatiente a servicio del mariscal Pétain, héroe de Verdún, así como todos los habituales «indeseables» de aquellos días, desde un contable judío alsaciano y una familia judía

llegada de la Europa del Este hasta un refugiado político ruso (Ivan Stepanov y su hijo Youra, tras los que se reconoce claramente al escritor y revolucionario, de feroces convicciones antitotalitarias, Victor Serge y a su hijo Vlady). Nacido en Bruselas en 1889 y fallecido en México en 1947 —adonde había conseguido escapar gracias a los oficios de Fry—, Serge era hijo de una pareja de anarquistas exiliados de la Rusia zarista y autor de una gran obra que narraba las purgas y procesos estalinistas de Moscú de los años treinta, *El caso Tuláyev*, de 1948. Aunque también haría su aparición en la novela *Varian Fry*, con el nombre en clave de Aldous John Smith. Una de las mejores descripciones de la altruista odisea protagonizada por Fry en aquellos días la elaboraría, con muy justas palabras, Jean Malaquais: «La organización de *monsieur* Fry parece ser el único resplandor en la noche de este drama. Nada del diletantismo, del sectarismo de los comités de ayuda; nada de un viaje turístico al país del horror [...]. Con medios reducidos, gracias a las donaciones de ciudadanos norteamericanos, gracias sobre todo a la colaboración desinteresada de una pléyade de jóvenes que *monsieur* Fry supo reunir en torno a él, el Centro redime una parte de las inútiles y gratuitas crueldades, una parte del paraíso de todos aquellos a los que antaño se llamaba gentes de bien».

LA RED DEL BIEN

Aunque se calculan entre dos mil y cuatro mil los salvados por el Centro Norteamericano de Socorro, entre los que, como es de suponer, había personas de todos los orígenes y profesiones, familias enteras que huían de los nazis y, muy en concreto, del Holocausto, la lista de intelectuales y artistas que salieron de Francia gracias a la red de Fry es realmente apabullante. Ahí está concentrada una buena parte de lo mejor de la historia de la cultura europea del siglo xx, la misma con la que Hitler no pudo acabar. Entre ellos se encontraban los filósofos alemanes Ludwig Marcuse y Hannah Arendt, esta última autora de *Los orígenes del totalitarismo* y, posteriormente, en medio de un enorme escándalo, del ensayo *La banalidad del mal* (*Eichmann en Jerusalén*)

(1961); los escritores surrealistas André Breton y Benjamin Péret; los novelistas Franz Werfel, Heinrich Mann y Anna Seghers, así como Lion Feuchtwanger, uno de los más destacados portavoces de la oposición al Tercer Reich y también uno de los más odiados, cuya obra *El judío Süß* (1925) sería manipulada por la propaganda nazi para alentar el antisemitismo; la compositora Alma Mahler y la gran pianista y clavicinista polaca Wanda Landowska, célebre intérprete de las *Variaciones Goldberg*; el historiador Golo Mann; el poeta y famoso escritor satírico de la República de Weimar Walter Mehring, que había formado parte del movimiento Dada en sus inicios, compositor de populares canciones para los más famosos cabarets de Berlín, como el de Max Reinhardt; el cineasta Max Ophüls, que adaptaría para la pantalla célebres obras literarias como *Carta de una desconocida* (1948), de Stefan Zweig, o *Amoríos* (1933) y *La ronda* (1950), basadas en relatos del austriaco Arthur Schnitzler; los escritores en lengua francesa Victor Serge y Jean Malaquais; el escritor húngaro en lengua inglesa Arthur Koestler; el premio Nobel de Medicina de 1922, Otto Meyerhof; el antropólogo Claude Lévi-Strauss; el famoso periodista, sociólogo y teórico del cine de la Alemania de Weimar, Siegfried Kracauer; el periodista y escritor antinazi Georg Bernhard, fundador de un importante periódico alemán del exilio, el *Pariser Tageblatt*; el legendario columnista vienés y autor de relatos, en los que destacaba como un maestro de la forma breve, autor de *Teoría del Café Central* y de *La vida en minúscula* (Acantilado, 2005), Alfred Polgar; los famosos editores Jacques Schiffrin, creador de la mítica colección de La Pléiade, y el no menos legendario editor de Kafka, Kurt Wolff. Finalmente estaban los artistas y pintores de vanguardia salvados gracias a Varian Fry, que realmente conformaban todo un planeta esplendoroso y una espléndida enciclopedia de lo mejor del arte de aquellos tiempos, que eran el franco-ruso Marc Chagall, los franceses Jean Arp y Marcel Duchamp, el franco-alemán Max Ernst, el cubano Wifredo Lam, el canario Óscar Domínguez, el chileno Roberto Matta y el escultor cubista de origen lituano Jacques Lipchitz.

Como diría Mary Jane Gold, una de las más activas e incansables

ayudantes de Varian Fry, en su libro *Crossroads Marseilles 1940* (1980) sobre la dificultad posterior para recordar y poner en orden aquellas intensas experiencias vividas juntos durante el que fue, como ella misma diría, «el único año importante de mi vida»: «No, yo no estaba allí para presenciar lo peor, tan solo para presenciar el comienzo de todo. Aun así, muchas veces me sentía avergonzada de mi propia condición, avergonzada de pertenecer a la raza humana. Afortunadamente, en el momento del que hablo ninguno de nosotros podíamos saber lo que vendría después. En nuestra ignorancia de los límites de la depravación humana hubo tiempo para la diversión y la risa. Por ello, cuando trato ahora de recordarlo y de escribir sobre todo lo que acaeció y todo lo que vi, resulta que tengo que recurrir a una serie de “dobles exposiciones”. Tengo que desarmarlas y luego volverlas a encajar de nuevo para que todo adquiriera un sentido. Una serie de estas exposiciones estalló a través de mi objetivo entre 1940 y 1941. Imágenes que a menudo revelan, en sentido fotográfico, lo que fue el incidente en sí y sus detalles. En la otra serie, los negativos se superponen a los originales, coloreados por las crudas estadísticas, los noticiarios de atrocidades aún por llegar y toda la historia en general de aquellos años oscuros, que de repente se colocan bruscamente frente a mí».

MERCEDES MONMANY
Madrid, abril del 2015